

EL TEATRO ANTERIOR A 1939: TENDENCIAS, AUTORES OBRAS

Además de estar muy limitado por las circunstancias históricas, el teatro siempre ha sido el género literario más sometido a los condicionamientos del público. Y esto se ve perfectamente en el teatro del siglo XX y en sus dos corrientes principales: un teatro comercial exitoso que se pliega a los gustos del público burgués por encima de la calidad literaria y que queda al margen de las corrientes teatrales europeas del momento; y un teatro renovador, de escaso éxito, que trata de crear textos literarios novedosos con exigencias estéticas.

El teatro comercial anterior a la guerra estuvo dominado por la llamada comedia burguesa, una tendencia que se ocupa de presentar conflictos sentimentales en interiores burgueses o problemas suaves en las relaciones sociales, con poca acción y con predominio de un diálogo con lenguaje correcto. Será Jacinto Benavente el escritor que, tras una obra inicial de carácter crítico que no tuvo éxito, decidió ajustarse a lo que quería el público y consolidar este tipo de teatro, que tuvo muchos imitadores, con gran cantidad de obras, si bien sus piezas más interesantes van por otros caminos, como los de la sátira suave de *Los intereses creados* o los dramas rurales como *La malquerida*.

Junto a esta comedia el teatro comercial vio el triunfo de un teatro costumbrista centrado en la recreación de costumbres y el lenguaje de las clases populares, con personajes tipo y finales felices, como sucede en las obras de los Álvarez Quintero y en los *Sainetes* de Arniches, autor que, no obstante, intentó a partir de 1916 un teatro más logrado con obras como *La señorita de Trevélez*, tragicomedia grotesca que apunta una cierta crítica social. Se dio también un teatro modernista en verso de temas históricos y gran conservadurismo ideológico como el de Marquina. E incluso tuvo cierto éxito un teatro que buscaba la carcajada fácil con tramas disparatadas, la astracanada de Muñoz Seca, con obras como la parodia calderoniana que es *La venganza de don Mendo*.

Por estos años, sin embargo, otros dramaturgos intentaron renovar, sin éxito, la escena española de diferentes modos. Unamuno, por ejemplo, llevó a las tablas sus preocupaciones personales en un teatro de ideas en obras como *Fedra* o *El otro*. O Jacinto Grau, que revitaliza mitos y personajes clásicos en obras como *El señor de Pigmalión*. En los años 20, por otro lado, los autores del 27 tratan de renovar el teatro mezclando formas del teatro popular con procedimientos vanguardistas e intentando acercar el teatro al pueblo con la fundación de compañías teatrales como *La Barraca* de Lorca. Al lado de las obras de Alberti (*El hombre deshabitado*), o de las obras de tono social de Miguel Hernández, por estos años empiezan a escribir autores como Casona o Max Aub cuya obra más lograda se encuentra después de la guerra en el exilio. Sin embargo, este teatro renovador nada significaría en la literatura española sin la obra, radicalmente nueva, de Valle-Inclán y García Lorca.

Valle-Inclán no representó en vida casi ninguna de sus obras precisamente por la originalidad temática y estética y por la riqueza lingüística de unas obras que lo convierten en una de las grandes figuras del teatro mundial del siglo XX. Su teatro se caracteriza por una constante búsqueda de formas teatrales que puede dividirse en tres etapas: Al principio escribió obras de carácter modernista con temas decadentes y estilo brillante pero que le dejaron insatisfecho por lo que intentó en una segunda etapa otros caminos. Se trata de obras como la trilogía de *Las comedias bárbaras* o *Divinas*

palabras, que presentan una Galicia atrasada y brutal con personajes dominados por instintos primarios. Y, al tiempo, escribió farsas donde caricaturiza la España isabelina por medio de personajes grotescos. Estos experimentos teatrales le llevarían a su etapa de madurez donde crea el llamado esperpento, un tipo de teatro (convertido después en un estilo propio que aplicará a novelas y poemas) basado en la deformación de personajes y valores para criticar ferozmente la sociedad española del momento. En los esperpentos los numerosos personajes se convierten en muñecos que pululan por un mundo grotesco, se acentúan los contrastes entre lo doloroso y lo ridículo, se cambia continuamente de espacio y tiempo, se dispersa el argumento y se emplea un lenguaje riquísimo que combina numerosos registros, al tiempo que las acotaciones adquieren un valor literario enorme. El esperpento, iniciado con *Luces de bohemia* y confirmado con la trilogía de *Martes de carnaval*, es una de las grandes creaciones del teatro mundial del siglo XX.

No menos significativa es la obra teatral de García Lorca. En su teatro influyeron las obras modernistas, las obras de títeres y otras formas de teatro popular, los experimentos vanguardistas y los clásicos griegos y españoles. Y con todo ello hizo un teatro hondamente poético y simbólico que presenta, generalmente con la forma de tragedias y con un insinuado tono didáctico, el problema de la frustración humana motivada por causas sociales y metafísicas y el enfrentamiento entre el individuo y la autoridad. Quizás por ello predominen en su conjunto los personajes femeninos.

Lorca comenzó con una obra simbólica fallida y con una serie de farsas para guiñol o de farsas más elaboradas como *La zapatera prodigiosa*, y se acercó al drama histórico con *Mariana Pineda*. Incluyó después técnicas surrealistas para hablar de sus problemas personales y criticar duramente la sociedad represiva con obras como *El público*. En sus últimos años se centrará precisamente en denunciar la injusta sociedad del momento sin renunciar a reflejar sus obsesiones, con técnicas más realistas, como sucede en *Doña Rosita la soltera* y, sobre todo, en sus dramas rurales de mujeres, auténticas tragedias donde se encuentran sus obras maestras, *Bodas de sangre*, *Yerma* o *La casa de Bernarda Alba*.